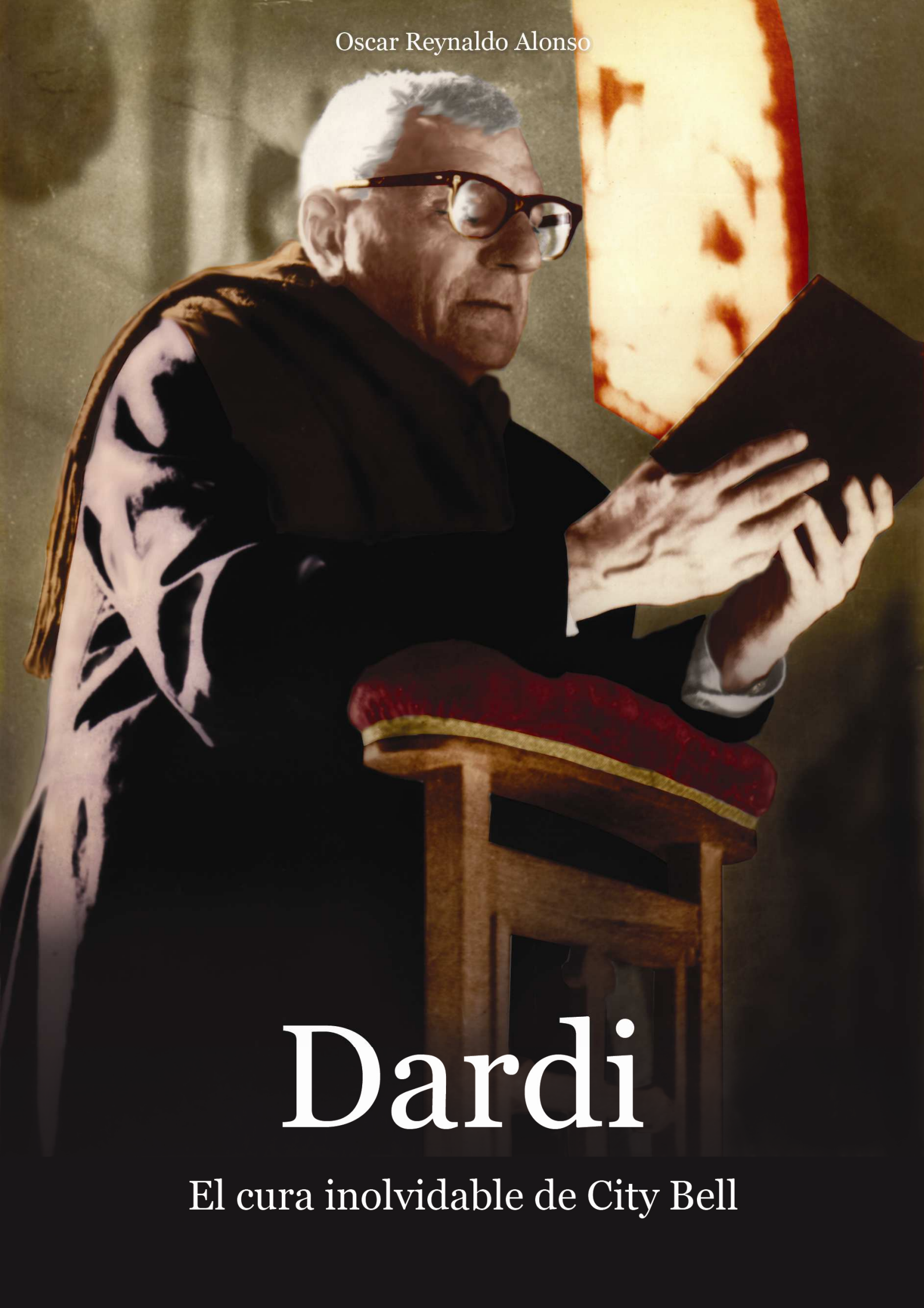


Oscar Reynaldo Alonso



Dardi

El cura inolvidable de City Bell

Oscar Reynaldo Alonso

Dardi

El cura inolvidable de City Bell

1er Congreso de Historia de la Iglesia Platense
~ 1997 ~

Alonso, Oscar Reynaldo

El cura inolvidable de City Bell

La presente obra fue publicada y difundida durante el 1º Congreso de HISTORIA DE LA IGLESIA PLATENSE - 1997

Digitalización:

Juan José Vendramin para www.citybellviva.com.ar



Diseño de tapa y diagramación:

Florencia Vendramin

Índice

Presentación.....	1
De la "Belle Epoque" a la guerra total.....	3
Nacimiento. Vocación. Encuentro con la guerra.....	6
El desafío africano.....	9
En la boca del león	12
Regreso a Italia.....	16
Nuevo encuentro con la guerra.....	17
Como un gaucho en las pampas.....	19
Forastero en City Bell.....	22
El hombre del Jeep	24
Anécdotas y testimonios	27
Obras son amores.....	39
Últimos años	40
Testimonio del Padre Lario.....	41
Testimonio de Monseñor Garlatti	44
Bibliografía.....	46

Presentación

Lo que de inmediato surge para el neófito que se asoma por primera vez a la vida del Padre José Dardi es la enorme popularidad que, a dieciséis años de su muerte, goza aún en el vecindario de City Bell entre personas de toda edad y condición. La parroquia Sagrado Corazón, donde se desempeñó, es aún no minada por muchos vecinos como "la iglesia del Padre Dardi" y las anécdotas y testimonios sobre su actividad apostólica se encuentran por doquier. Los que no lo conocieron recibieron noticias de su persona tanto en forma oral como a través de las publicaciones locales que, cada tanto, reproducen algún episodio de su vida. Claro está que también las instituciones escolares por él fundadas, así como la Fundación que lleva su nombre se ofrecen como exponentes de su accionar en su paso por esta tierra.

Precisamente las obras y las anécdotas del sacerdote italiano fueron los que motivaron el presente trabajo. En 1995 el entonces Párroco del Sagrado Corazón de City Bell, Padre Alejandro Blanco, realizó una convocatoria a los fieles para que acercaran testimonios e informaciones acerca del recordado cura, a fin de reunir todo el material posible para la elaboración de una biografía. A su vez, se consultaron en archivos eclesiásticos de la Argentina y se pidieron a Italia todos los documentos que pudieran ser útiles para la reconstrucción de su vida en el período anterior a su llegada a la Argentina. Tarea que no arrojó mayores resultados, debido seguramente a los muchos años transcurridos y al desorden acaecido en la península al término de la Segunda Guerra Mundial.

Por lo tanto, el esfuerzo de recopilación de datos debió circunscribirse al principio a los mismos testimonios verbales y escritos de quienes lo conocieron durante sus funciones sacerdotales, tanto en Bragado como en City Bell. Información que, en ciertos casos resultó contradictoria y cito por ejemplo el destino que se le atribuía en África, ya que mientras algunos lo situaban en Sudán, otros lo hacían muy cercano al hospital que el célebre médico Albert Schweitzer dirigió en Lambarené (Gabón), al oeste del Continente Negro y a varios miles de kilómetros de la primera. Por otra parte, la provincia ecuatorial de Bahar el Gazal, citada recurrentemente por artículos periodísticos como el primer destino apostólico del Padre

Dardi en territorio africano no figura en los mapas actuales, por lo que hube de recurrir a cartografía de la época para poder confirmar la veracidad del dato.

La situación política y social de África de aquellos primeros lustros del siglo, y la de Sudán especialmente, debió ser investigada, a fin de poder contextualizar acabadamente las circunstancias que rodearon los tiempos de misión del sacerdote. Otro tanto hubo que hacer con los hechos políticos ocurridos en torno a las dos guerras mundiales, de las que también participó, así como los acontecimientos que ocurrían simultáneamente en Italia. Un párrafo mereció también la vida del célebre sacerdote Daniel Comboni, fundador de la Misión de Verona, uno de los institutos donde se preparó Dardi para su actividad apostólica. Precisamente fueron los combonianos quienes lo llevaron a misionar a África.

Estas líneas se completaron con los testimonios de dos personas que conocieron y trataron al sacerdote italiano: el Padre Tomás Lario y Monseñor Guillermo Garlatti.

Cabe consignar, por último, que las páginas redactadas sólo aspiran a constituir un humilde trabajo periodístico, nacido de la admiración que despertó en su autor la azarosa vida del protagonista, y sin otra aspiración que la de reflejar apenas las virtudes y carismas de un ser humano excepcional.

De la "Belle Epoque" a la guerra total

Estamos en 1900, en el comienzo de un nuevo siglo. Inmersos en plena *Belle Epoque*, en esas frívolas cuatro décadas en las que, canceladas las deudas, la paz y la prosperidad económica parecen reinar sobre el mundo conocido. Es que todas las sociedades de las naciones más poderosas son controladas por una burguesía que confiere un aspecto de optimista bonhomía, que es el linaje medio desde cualquier punto de vista. Se cree ciegamente en la ciencia, que diluye las tinieblas del oscurantismo, en el progreso incesante del género humano y ... en la higiene.

Un médico húngaro ha descubierto que muchas de las enfermedades extendidas sobre el orbe, devienen del poco cuidado en el aseo de las manos. Los primeros sorprendidos han sido los propios médicos, no habituados a higienizarse antes de sus operaciones. Se saluda con inclinaciones de la cabeza o del cuerpo y aparece la galantería de tocarse el ala del sombrero' descubriéndose ante las damas. En realidad, lo que se busca es evitar el apretón de manos, fuente de todo contagio. Y también, en obsequio de la higiene, se abren las ventanas a la niebla invernal y se difunden el naturismo y la gimnasia sueca.

En nombre del progreso se derrumban monumentos del pasado para sustituidos por anónimos edificios; la ciencia se propaga por gabinetes donde campean pantallas de seda y muebles de estilo Renacimiento, y se fastidia con fonógrafos de bocina y lamparillas con filamentos de carbón.

Pero la paz casi general de 1870-1914 es, como la misma época, eminentemente "positivista", basada en convicciones pragmáticas más que en auténticos principios éticos. El desarrollo tecnológico, el reforzamiento del poder de los Estados y hasta razones de prestigio contribuyen a armar hasta los dientes a las grandes potencias; pero, al mismo tiempo, se predica una paz universal y se celebran conferencias internacionales para conseguirla. En La Haya se realizan dos congresos mundiales en 1899 y 1907, estableciéndose un Tribunal internacional con capacidad de resolver todos los litigios entre naciones (!). Y hasta se llega a afirmar que la cultura y la civilización del hombre moderno han logrado desterrar la guerra, como antes habían hecho con la tortura o con la peste.

Si los primeros años del siglo XX nos parecen ahora como pertenecientes a una época de tranquilidad y bienestar, es porque probablemente consideramos sólo los estratos salientes de la sociedad, con prescindencia de los sufrimientos de las masas de trabajadores y obreros, para las cuales surgirían ideologías que fomentarían su redención.

En distinta forma y con nuevas posibilidades técnicas, la sociedad vivía entonces como ha vivido siempre: con iguales cánones, con los mismos ideales y, acaso, con idénticas costumbres. Tenía todo el aspecto de una humanidad somnolienta y satisfecha, tenazmente pacifista, que sólo un absurdo suceso podría precipitar en un conflicto suicida.

Y bien, el acontecimiento inesperado sobrevino: el golpe de Sarajevo fue la última puja que hizo estremecer a la vieja y venerada Europa en un caos de ruinas y de sangre.

El 28 de junio de 1914 el archiduque Francisco Fernando, príncipe heredero del Imperio austro-húngaro, era asesinado en Sarajevo por un terrorista bosnio, al servicio de la organización paneslavista la Mano Negra, dirigida desde Belgrado.

Desde luego, a nadie se le ocurrió que el acontecimiento, si bien grave, pudiese tener consecuencias catastróficas. El temor se propagó cuando se supo del viaje de Poincaré, presidente de Francia, a Rusia. Poincaré era conocido como beligerante, instigador de la venganza contra Alemania. Y en efecto, él fue a acicatear al zar para sostener a los servios. A partir de entonces, Europa tenía los días contados; por todas partes los tambores redoblaban llamando a una inmensa y horrenda orgía de sangre.

La guerra nunca es agradable, pero si en las guerras pasadas había lugar para el gesto heroico, para la gloria, para la bizarría de una carga a campo abierto, en esta guerra sólo se hallaba muerte y destrucción. Por primera vez los hombres combatían en batallas monstruosas, en las que era necesario arrastrarse por el fango, bajo la luz alucinante de los cohetes de bengala, obligados a permanecer inmóviles durante horas, mientras las granadas silbaban y detonaban demoliendo los refugios, para luego saltar ciegamente en la lucha cuerpo a cuerpo.

Diez millones de muertos, 70 millones de hombres movilizadas, 20 millones de heridos, ocho naciones invadidas y 400.000 millones de dólares, se cuentan entre las pérdidas materiales

que arrojó la Primera Guerra Mundial.

Las morales, imposibles de recoger en estadísticas, fueron sin duda más graves aun. Toda la confianza del hombre de Occidente en sí mismo, denominador común de la era del positivismo y de la Belle Epoque, se derrumbó catastróficamente. La angustia colmó los campos de la filosofía, la literatura y el arte. El mundo no habría de vivir ya un momento de apacible seguridad y de confianza en el futuro. La segunda Guerra mundial, que sería aún más dura que la Primera, ya no tornaría a nadie por sorpresa.

Se preguntará el lector a esta altura del relato qué tienen que ver estos apuntes históricos y políticos en la vida del hombre a que estamos abocados. Pues mucho, puesto que, como decía Ortega y Gasset, el hombre no está solo, sino unido a "sus circunstancias". El mundo sufrió a comienzos del siglo XX un profundo viraje: de la "paz armada" que reglaba las relaciones internacionales, con países conducidos mayoritariamente por gobernantes pacifistas, con sociedades que crecían en prosperidad al ritmo del charlestón, se pasó a la guerra total, con conflictos que abarcaron a millones y millones de hombres, con ideologías emergentes que acarrearón fanatismos y nuevas muertes, con nacionalismos exacerbados e imperialismos económicos y políticos. Todo ello influyó para que el mundo no fuera nunca más como lo habían pronosticado los poetas de los tiempos serenos, pero vacíos.

Nacimiento. Vocación. Encuentro con la guerra.

Cuando José Dardi nació, el 24 de abril de 1900, nadie podía prever que el mundo se vería conmovido por los acontecimientos que sobrevendrían próximamente. En la pequeña población italiana de Altedo, cerca de Bologna, la vida transcurría tranquila, pese al esfuerzo de la gente para obtener el alimento cotidiano, pero, en todo caso, con la serenidad espiritual propia de las zonas rurales. Por esos tiempos se consideraban de mayor nobleza los trabajos agrícolas, ya que -se decía- colocaban al hombre en contacto íntimo con la naturaleza creada por Dios. Fue su madre Luisa Bonorini, muchacha de condición sumamente humilde que, por esos extraños caminos de la vida contrajo enlace con Luís Dardi, un joven emparentado con la nobleza lugareña. Pero, lamentablemente, los prejuicios de los familiares de su esposo presionarían negativamente: no le perdonaron a Luisa su pobreza y, al poco tiempo de casados, Luís la abandonó.

Así pues, la pobre mujer se encontró sola con un pequeño a quien mantener y educar, sin recursos y sumida en la desesperación. Pero como Dios ama la pobreza, no le faltó a Luisa un pariente que la recogiera. Claro que ella puso lo suyo, trabajando con ahínco en las cosechas de arroz, con el agua hasta las rodillas para alimentar y vestir a su niño.

A los dos años José Dardi fue colocado como pupilo en un colegio, aunque no abandonado de la mano de Dios ni de su madre. Ella, además, enviudaría prontamente pero -diría José- *"no se opuso a que yo fuera sacerdote"*.

El joven Dardi sintió la vocación religiosa cuando los tambores de la guerra atronaban Italia. La península había ingresado en 1915 a la Gran Guerra. Ya un año de contienda había demostrado cuán absurdo era esperar en esta conflagración un combate similar al de las guerras antiguas, con reglas, convenciones, como si fuera un asalto de esgrima. La guerra era total, e implicaba a los pueblos. Los aeroplanos y dirigibles que por las noches aparecían en los cielos de Londres y París, arrojando bombas, mostraban cómo ni siquiera los civiles estaban seguros. Cuanto sucedió en el frente francés no fue distinto de lo que ocurrió en el frente italiano; sin embargo en éste el desastre fue

mayor, debido a la cantidad de muertos que, por defender el suelo, quedaban en los campos de batalla.

En 1917 José Dardi fue convocado al frente de guerra como soldado raso... La Patria llamaba a sus hijos y para Dardi esa breve participación bélica sería un anticipo de otras batallas que debería afrontar a lo largo de su vida.



En el año 1917 fue convocado como soldado raso. En ese tiempo conoció a los alpinos...

Fue en ese tiempo en que conoció a los alpinos, la célebre agrupación italiana, con la que conservaría durante toda su vida estrecho contacto. Aún cuando residió en la Argentina, no cesó Dardi de encontrarse con frecuencia con aquellos recordados combatientes de la Península.

Cuando al año siguiente se firma la paz, ya José tenía decidida su vocación vital: sería cura y, de ser posible, misionero. Por esos tiempos protagoniza un incidente que lo afectaría el resto de su vida: un militante comunista le arroja una piedra a la cara, que va a dar en uno de sus ojos, provocándole la ceguera total del mismo.

Pero otras luces lo guiaban. Ya había tomado su íntima decisión. Cuando le dijo a su madre que partiría para Bologna para ingresar al Seminario, la pobre señora preguntó, en su ingenuidad, qué era eso. El le explicó entonces que el Señor lo quería para sí. La respuesta inmediata de su madre, fue: "Si el Señor te llama, ve".

Así, lo único que esa noble mujer tenía como esperanza y alivio de su vejez, fue entregado al Señor. Ella con su trabajo ganaba el pan diario y todavía podía comprar la ropa y mantenerla en condiciones cuando su hijo volvía del Seminario.

El primero de diciembre de 1919 ingresó José al Pontificio Seminario Regional de Bologna, vinculándose a la comunidad misionera de los "Hijos del Sagrado Corazón". Perfeccionó luego sus estudios en el Noviciado de Varese y en la Misión de Verona, ambas instituciones dedicadas a la formación de misioneros. Precisamente esta última había sido fundada en el siglo anterior por un hombre cuyo testimonio influiría notablemente en Dardi: el padre Daniel Comboni.

Sus calificaciones de aquellos años expresan fielmente su aplicación a los estudios religiosos: las notas en las diferentes materias son reiterativas: 7, 8, 9, también 10. Estudia con ahínco el latín, obteniendo los mejores puntajes y el primer puesto en esa materia. Finalmente, es ordenado sacerdote, en junio de 1925, en Bologna.

¡Ya es un hombre de Dios! Ya ha cumplido una de sus metas soñadas. Ahora otro anhelo lo desvela hasta inflamarle el corazón: la misión en África.

Antes de terminar el año, pone proa al Continente Negro.

El desafío africano

Hablar de Daniel Comboni supone referirse a uno de los hombres que más hicieron por la evangelización del África negra; desde el siglo XIX su figura emerge con un halo de leyenda que se proyecta sobre el entonces llamado "continente tenebroso". Concibió el P. Comboni un plan famoso que llegaría a entusiasmar al mismísimo Papa Pío IX: salvar África por medio de África. Básicamente, la idea central consistía en la evangelización de los aborígenes mediante la formación de contingentes de misioneros de raza blanca... y de raza negra. El Pontífice lo alentó a poner en práctica sus ideas. Y allí salió Comboni a formar misioneros europeos en Europa, y misioneros africanos en África. Para ello establecería en principio dos institutos en Italia y varios núcleos de indígenas convertidos en la periferia africana, donde no se resintiese la salud ni de blancos ni de negros, para, desde allí, lanzarse paulatinamente a la conquista espiritual del interior.

Ambos proyectos se cumplieron y, reconfortado por el logro, El P. Comboni recorrió gran parte de África con sus flamantes misioneros. Pero en 1870 está de vuelta en Roma, para asistir a un acontecimiento muy importante: el Concilio Vaticano 1, convocado por el Papa Pío IX. Comboni asiste para interpelar a la asamblea de obispos respecto a África y su evangelización. Problema colosal que se resume en dos números: cien millones de hombres y dieciocho siglos de retraso.

Allí expuso la problemática africana en documentos que se emiten por su inspiración. En uno de ellos, en forma de circular, se dirige a cada uno de los obispos asistentes: *"Volved, os ruego, vuestras miradas a esas populosas tribus que se extienden por regiones casi ilimitadas. Yo me pregunto si hay alguien en el mundo que con intenso clamor intente daros a conocer los sentimientos de tantos miles de hijos de África. ¿Hay alguien entre vosotros que haga de padre con esos negros?"*

¿Hay alguna voz que se haga intérprete de tantos hijos de Cam? Decidlo vosotros que, reverendísimos padres, y dilo también tú, Roma fiel".

En el solemne lenguaje de iglesia de aquel tiempo, prosigue Comboni: *"Eminentísimos y reverendísimos padres: ¿cuál es el*

motivo por el que el interior de África yace aún en las tinieblas y en las sombras de la muerte?... ¿cuántos siglos pasarán aún antes de que cese la desgracia de los africanos?... Os suplico que resuene bien alta vuestra voz que patrocine decididamente la causa de los negros del África..."

El documento propuesto por Comboni es firmado de inmediato por setenta padres conciliares. La comisión correspondiente la acepta y Pío IX la aprueba y firma su inclusión entre los temas que han de examinarse. Esto ocurre en la tarde del 18 de julio de 1870. Al día siguiente estalla la guerra entre Francia y Prusia, que se estaba esperando.

El Pontífice autoriza entonces a varios obispos a abandonar Roma, pero no suspende el Concilio, sino que dispone una suerte de intervalo hasta el 11 de noviembre. Durante los meses que faltan se realizarán trabajos de comisión.

Pero el 20 de septiembre entran en Roma las tropas italianas del general Rafael Cadorna y deja de existir el Estado Pontificio. Veinte días más tarde un plebiscito sancionará su absorción en el Reino de Italia. Poco después Pío IX declara suspendido definitivamente el Concilio, que no volverá ya a reunirse. El proyecto misionero africano es archivado.

Una tremenda frustración para Comboni, que queda solo al desaparecer la gran oportunidad conciliar. Pero nadie lo vio comportarse como un hombre desilusionado. Todo lo contrario: a partir de entonces su accionar se multiplicó, viajando por la península, enviando cartas, convocando sacerdotes y laicos para el desafío africano y vigorizando los institutos por él creados.

Dos años más tarde su trabajo se ve coronado con una valiosa nominación: es designado Provicario Apostólico de África, es decir, jefe de todos los misioneros de toda clase y familia. Era un territorio tan grande como Europa, la misión más extensa del mundo.

A partir de allí consolidó su obra, que se extendió a la lucha contra el tráfico de esclavos, que causaba estragos en las regiones del este. Era ésta una de las lacras del colonialismo europeo vertidas sobre los negros, y Comboni no se detuvo ante el poder de los traficantes, denunciándolos y hostigándolos con todas las herramientas que tuviera a su alcance.

Antes de morir, en 1881, Comboni había fundado numerosas misiones en toda África. Hoy día los misioneros combonianos tienen

encomendada una masa humana que se cifra en varios millones de hombres.

Claro que, en tiempos de la Primera Guerra Mundial, la evangelización del África tornábase sumamente difícil. Las misiones se impusieron entonces, dos principios básicos: para hacer comprender y asimilar el "mensaje evangélico" era necesario presentado en la lengua del país; de ahí la necesidad del conocimiento de las lenguas nativas. Sin embargo, para que la doctrina cristiana diera fruto, era indispensable asegurar el "mínimo confort" sin el cual al hombre se le hace difícil vivir conforme a un ideal espiritual. Los grandes enemigos de los misioneros fueron la miseria, la alimentación insuficiente, las enfermedades, las epidemias, la ignorancia... De esta manera el misionero se hizo maestro, enfermero, campesino y constructor de viviendas y caminos.

Pese a todos estos desafíos que la evangelización en territorio africano enfrentaba, no era José Dardi un hombre de declinar sus responsabilidades ni el llamado de su corazón: a los 25 años ya estaba en la provincia ecuatorial de Bahar El Gazal, Sudán, donde se establecería durante siete años.

En la boca del león

Sudán, país de contrastes.

La zona donde se asentó José Dardi se ubica en el sector sur del país, con escasa población -6 habitantes por kilómetro cuadrado- y con un período de lluvias intensas que se extiende entre los tres y siete meses. Esto la constituye en una región boscosa de vegetación y clima tropical. Las viviendas, mayoritariamente, son chozas, construidas con palos de madera, hierbas y tallos de mijo destinados a proporcionar a los techos una disposición cónica.

Para el año en que Dardi arriba a Sudán, este debía contar con una población aproximada de entre 5 y 6 millones de habitantes - recién en 1952 se realiza el primer censo de población -, con un 60 % de ellos asentado en el sector norte.

Son notables las diferencias existentes entre el Norte y el Sur del país. El Norte fue conquistado por tribus nómades árabes que bajaron de Egipto y se dedicaron a la explotación esclavista de los negros de la región. Precisamente, los que consiguieron escapar del comercio negrero se trasladaron hacia la zona sur, quedando así históricamente divididas dos concepciones y razas. El Norte fue animista y preponderantemente islámico, el sur, también animista, aunque con un pequeño brote de cristianismo. El Norte soberbio y opresor, el Sur, humilde y oprimido.

Por ese entonces la población nortea duplicaba a la sudista. Y mientras allí predominaban las tradiciones árabes, aquí prevalecían los usos y costumbres de raigambre africana.

El enfrentamiento racial y religioso entre ambas regiones impregnaba, pues, en aquellos años todo un contexto sociopolítico en el que el catolicismo no podía ser visto con buenos ojos. De hecho, durante todo el proceso que va desde que Sudán se aparta de la influencia británica hasta la declaración de la independencia en 1953, se produce una escalada persecutoria contra los católicos. A partir de la autonomía, esta persecución tiende a acentuarse ya con características violentas, que tienen su momento de mayor riesgo en 1963, en que son expulsados los misioneros extranjeros.

La última razón de esta persecución irracional contra la Iglesia católica radica en una política de asimilación del Norte mahometano sobre el Sur negro, proceso en el cual, obviamente, estorbaban los

misioneros extranjeros.

Por eso, ser misionero en África en los años '20 y '30 suponía tal vez un sacrificio mayor que hoy día. *"En esos tiempos se empezaba prácticamente de la nada"*, decía Dardi. Primero era una choza hecha con lo que pudiera encontrarse en el terreno agreste, y que había que reconstruir varias veces, porque los animales la aplastaban. *"Debía pasar mucho tiempo antes de construir una capilla de ladrillos y lograr un mínimo grupo que los domingos recibiera los sacramentos"*.

José Dardi arriba primero a Khartoum con otro sacerdote misionero, enviados ambos para aprender la lengua y la música aborigen y lanzarse luego a la conquista espiritual del África. La mayor molestia fue que al principio ambos debieron dormir en carpas, siendo visitados en las noches por los gatos monteses y tigres, que se paseaban por el lugar. En tanto, la convivencia con los nativos no era fácil, ya que con frecuencia surgían diferencias entre las tribus vecinas y su presencia podía resultar sospechosa e inexplicable. Un día Dardi se encontró sólo. Nada se sabía de su compañero misionero. Lo buscó por todas partes sin hallarlo. Hasta que por fin, alguien le dijo que el otro cura había sido asesinado por los nativos. Nunca se pudo explicar por qué no lo habían matado también a él.

Así, José Dardi siguió la ruta de los legendarios predicadores que comenzaron la evangelización del África. Anduvo en tierra de los hombres del Nilo, de massais, watusis y zulúes. Pudo ver las orejas y los labios perforados, las mutilaciones de las cuatro muelas de la mandíbula inferior de los habitantes de la antigua cultura negra sudanesa. Estuvo en los territorios de mayorías tribales víctimas de las querellas de negros y de blancos. No fue la suya una tarea fácil. *"Uno va para evangelizar a esa pobre gente que no sabe nada de nada, ni leer, ni escribir. Hay que empezar por lo íntimo, lo más profundo de la persona para 'despertarla' en su interior. Es una misión muy primitiva, pero eso no quiere decir que no se llegue a profundizar la verdadera fe, la fe en su esencia, el pensamiento, la palabra, todo..."*

"Yo he estado -expresó en oportunidad del Día Mundial de las Misiones, el 24 de octubre de 1948 -en una de las misiones más difíciles, la del Centro de África, donde pude ver -y vivir- la miserable, espantosa vida de los pueblos paganos. Si los católicos pudieran ver, si ellos supieran lo que allá pasa, icuánta compasión sentirían por los infieles y cuánta gratitud tendrían a Dios por el

inestimable don de la fe! ¡Si los católicos vieran y supieran los sacrificios, la pena y el trabajo heroico de los misioneros para salvar almas! ¡No hay palabras para expresarlo!"

Un periodista de City Bell le preguntó una vez:

- ¿Cómo se llega al salvaje, Padre? ¿Cómo se acerca a él?

- *Curando, ayudando. Cuando están mal se acercan. "Padre, sálveme, Padre, cúreme..." Y la verdadera misión en realidad empezó diez, veinte años antes de instalarse, de lograr un mínimo grupo que los domingos reciba los sacramentos.*

- ¿Y quién asiste al misionero? ¿Cómo se cura?

- *Como Dios quiere; porque rara vez hay alguien con él, antes de muchos años. El camino puede llevar entre doce y trece años o veinte, sólo para enseñarle al salvaje la independencia física y espiritual. Recién después puedes hacer una capilla de ladrillos. ¿Y cómo los vistes y alimentas en forma correcta? Como Dios te lo diga en el momento; con lo que encuentres en el lugar. Pero, insisto, te sacrificas y te expones a todos. Por eso hubo muertos hasta que la misión fue establecida. En realidad la vida del misionero es muy difícil de captar y ubicar en la mente de ustedes. Diría que es imposible...*

Los diarios de todo el mundo mencionaban por ese tiempo la ímproba tarea humanitaria que llevaba a cabo en su hospital de Lambarené, Gabón, el célebre médico Albert Schweitzer. *"Claro que a él le llovían los dólares por todos lados; en cambio yo tenía solamente esta valijita"*, diría Dardi; y mostraba una maleta de madera que al desplegarse se convertía en un altarcito de campaña.

... Y el flagelo de las enfermedades. Por lo menos en dos oportunidades contrajo fiebre amarilla. Se le secó la piel y la rigidez invadió su cuerpo. Allí demostró el temple que lo caracterizaría durante toda su vida. Ni una queja brotó de sus labios. Pero sus piernas habían quedado afectadas. ¡Extraña paradoja! Dardi siempre había ofrecido sus extremidades al Señor para recorrer el mundo ya que -decía- su fuerza estaba en ellas. Ahora sus superiores lo llaman a Italia, donde lo persuaden de quedarse hasta lograr una recuperación total.

Al tiempo está Dardi de regreso en la misión, con toda su alegría y dinamismo. Pero las enfermedades lo seguirían acometiendo: esta vez el cólera lo afecta gravemente y tienen que llevarlo medio

muerto en camilla en busca de asistencia a través de la sabana. Cruzando la selva de noche los negros lo llevaban en angarilla. En los momentos de descanso, prendían fuego para ahuyentar a las fieras. Allí vio Dardi, en medio de su fiebre, la particular actitud de los negros para con los enfermos, acompañándolos silenciosamente.

Se extraviaron y durante tres días no acertaron a encontrar el rumbo correcto. Pero estaba claro que el baquiano insuperable - Dios tenía para él otros destinos. Y se salvó.

Los de la congregación lo convocaron para que retornara definitivamente a Italia.

"Tonto - le dijo su Superior -, aquí te van a enterrar y nadie va a rezar por tí" y Dardi sufría, porque quería morir entre los negros.

"Yo siempre quise volver al África, pero no me dejaron", comentaba.

Regreso a Italia

En 1932 nuestro hombre está nuevamente en la península itálica. Allí se desempeñará durante 9 años como Prefecto de Estudios en Brescia y en Trento.

Serán años de una paz más aparente que real. Es cierto que no suenan las metralas ni las granadas y que las políticas de las naciones no se salen de un cauce de razonabilidad. Sin embargo, la Guerra Europea, pese al armisticio firmado, no había terminado bien. Hoy día la mayoría de los historiadores coincide en que la paz lograda no había tenido buenos cimientos. A su vez, la tremenda crisis económica mundial de los años 30 había dejado a algunos países industriales como Alemania y Japón en condiciones de ahogo y carentes de materia prima. Y también la aparición de los totalitarismos conferiría a algunos países en trance de estrangulamiento una actitud agresiva.

Sea como fuere, las pasiones humanas coincidieron en la reanudación de un pleito que no había sido bien resuelto en 1918, y que contribuiría a desencadenar nuevamente las condiciones de un infernal conflicto bélico.

El padre Dardi pasaba sus días aparentemente apartado del mundo, en una tarea que tenía mucho de intelectual y cultural. Sin embargo, no era en absoluto ajeno a la problemática política e ideológica que se planteaba en Europa y el mundo. Y en el ajetreado ambiente de esos años se volvían a escuchar, aunque tímidamente, los tambores llamando a las armas.

Nuevo encuentro con la guerra

A partir de 1939 los mastines de la guerra se desataron por doquier en la contienda bélica más atroz de la historia, que superó en sangre y pérdidas a la anterior. Implicó a unos 70 países, costó al mundo 55 millones de muertos, 70 millones de heridos, 40 millones de desplazados o sin hogar; 24 países fueron invadidos y se derrumbaron unos tres millones de edificios. Aún hoy, a medio siglo de aquel conflicto, la piel se eriza al repasar estos datos.

Obviamente, José Dardi era un hombre de acción, y no podía quedarse quieto ante el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial. Su itálica sangre caliente empezó a bullir por sus venas. ¡Había tanto para hacer, para ayudar! ¡Tantas almas para consolar! ¿Dónde estaba lo peor de la guerra? ¿Donde las metrallas y los obuses sonaran muy cerca de los oídos? El cura italiano no lo dudó, y pidió ir como voluntario allí donde la muerte campeaba en las trincheras; al mismo frente de batalla, cumpliendo funciones religiosas.

Pudo haber muerto en medio de aquel infierno, pero Dios lo quería vivo. Fue herido y trasladado a un hospital militar. Luego vendría el retiro, que lo alejaría de la conflagración.

Ya hacia 1943 se percibe que las cosas no van bien para Italia. Mussolini es destituido y se anuncia, el 8 de septiembre, la rendición. Con ella comenzó a desmoronarse la organización militar italiana. Los soldados abandonaban armas y regimientos y huían hacia sus casas, eludiendo la vigilancia de los alemanes. Una parte de ellos se unió a las fuerzas de la Resistencia que se organizaban en las montañas. En cuanto a los efectivos de la marina, se pasaron a las filas de los aliados, privando así al fascismo de sus últimas posibilidades de acción.

Italia hallábase, pues, en un período crítico de su historia, sumergida en la confusión y enfrentada a la perspectiva de una derrota inevitable. El momento llegó en que el gobierno del Rey rompió definitivamente con Alemania y le declaró la guerra. Esta decisión transformó a toda Italia en un extenso campo de batalla, en donde los aliados se batían contra los alemanes y los guerrilleros italianos contra los fascistas, produciéndose sangrientos episodios de odio fratricida.

Comenzaría entonces lo que los estudiosos califican como la última gran expulsión de gentes que vagarían miserablemente por los

continentes de la tierra buscando su lugar bajo el sol. Para Italia, se trató de una enorme oleada de hombres y mujeres que abandonó el país buscando paz y trabajo. Es que el fin de la Segunda Guerra no trajo de inmediato la serenidad de los espíritus, ni mucho menos riqueza y prosperidad: millones de desocupados vagaban por las calles y caminos buscando ganarse su sustento. En esos años abandonaron Italia más de 7,5 millones de personas, de las cuales 500 mil se dirigieron hacia la Argentina.

Entre ellos arribaría, el 7 de junio de 1948, a bordo del vapor "Mendoza", el cura José Dardi. Algunas conversaciones con otro inquieto sacerdote argentino, el padre Antonio José Plaza - a la sazón Rector del Seminario Menor "Nuestra Señora de Luján" de La Plata -, que se encontraba de viaje por la Península, lo decidieron a trasladarse a nuestro país. Este noble suelo constituiría para él su última patria terrenal.

"Yo miro este cielo azul de la Argentina, tan grande, tan claro, igualito al cielo de África, y con eso me conformo", decía.

Como un gaucho en las pampas

Era el año de 1849 allá por las llanuras que bañan las lagunas Grande y Chica y el Saladillo, al oeste de la actual provincia de Buenos Aires.

La infinita soledad se veía visitada de vez en cuando por expediciones armadas, que en tren de reconocimiento y de caza, se aventuraban en aquellos desiertos volviendo a Buenos Aires con cueros vacunos y equinos, de puma, guanaco, zorro y nutria y plumas de garza, mirasol o avestruz.

En una de aquellas correrías alguien vio un potro que llamaba la atención por su espléndida figura; era un animal "bragado", colorado sangre, con ijares blancos; dióse a perseguirlo y como una luz desapareció con relinchos de triunfo.

Su rapidez, su arrogancia, su elegante alzada, sus poderosos flancos, entusiasmaban al paisanaje que una y otra vez intentó inútilmente atrapado.

La fama del bragado corría por la llanura.

Cerca de la laguna Chica fue visto un día por los observadores de una expedición de doscientos hombres. La noticia reunió a los gauchos dispuestos a cazar al indómito potro.

Un cerco vivo fue haciéndose lentamente entre las dos lagunas, encerrando al bragado entre la barranca y el cordón de lazos y boleadoras listas.

El caballo comprendió el peligro: con estridente relincho trepó a la barranca, las crines al viento, frente a los hombres que cada vez se acercaban más y más.

Un instante, los contempló fiero y magnífico, paseó su mirada por la llanura donde había gozado una libertad sin límites, y luego con agudo grito de dolor, de impotencia y de rabia, se lanzó desde lo alto, al fondo de las aguas.

El bagual bragado se hizo famoso en toda la llanura, por haber preferido morir antes de perder su libertad. Desde entonces, aquellos parajes se denominaron: "las tierras del bragado"

En la actualidad, allí se levanta la bonita ciudad de Bragado, en el partido de su nombre, que recordará para siempre al magnífico bagual y su heroísmo.

Cien años después, en 1948, en que el padre Dardi arribó a la

Argentina, Bragado constituía para los bonaerenses una progresista ciudad del oeste de la provincia. En el plano eclesiástico dependía de la diócesis de Mercedes, que había sido creada en el año 1934, por Bula del Papa Pío XI, junto con las diócesis de Bahía Blanca y Azul. Todas ellas pertenecientes a la antigua jurisdicción platense, "con el fin de que el aumento del número de Pastores contribuya mejor y más eficazmente al bien de las almas".

Los tiempos para la evangelización no eran fáciles, ya que se trataba de un período signado, como los anteriores, por la intolerancia y la violencia. Dos concepciones espirituales se vieron conmocionadas en ese año en el mundo. El 30 de enero caía asesinado a tiros por un hinduista fanático el líder nacional y espiritual de la India, el Mahatma Gandhi. Unos meses después, el catolicismo sufría la amputación de su pastor húngaro: el cardenal Josef Mindszenty era arrestado por las autoridades comunistas. En vano clamó el Papa Pío XII por ese atropello a la fe. Mindszenty fue torturado, drogado y posteriormente, en una parodia de juicio, sentenciado a perpetuidad.

En la Argentina, en tanto, los destinos nacionales eran conducidos por Juan Domingo Perón, quien había asumido dos años antes, con la adhesión de la mayoría de la población.

En Bragado recaló Dardi, cuando Monseñor Anunciado Serafini era titular de la Diócesis de Mercedes. Es interesante apuntar que Mons. Serafini era una figura conocida de los platenses, ya que durante varios años se desempeñó como Profesor del Seminario San José, Párroco de San José, Asesor de la Juventud de la Acción Católica y de la propia Junta. En 1935 fue preconizado Obispo Auxiliar de La Plata, cuando guiaba la Arquidiócesis Monseñor Francisco Alberti. A la muerte de éste, se desempeñó un breve lapso como Vicario Capitular platense hasta que en julio de 1939 tornó posesión de la Diócesis de Mercedes.

Bajo su guía comenzó José Dardi su tarea sacerdotal en Bragado, durante ocho años que le sirvieron de adaptación a la naturaleza criolla. Y bien que lo logró velozmente, ya que, según lo aseguran antiguos vecinos de aquélla, su simpatía se impuso sobre el castellano, idioma que intentó aprender con esmero, aunque con magro resultado.

Los más de 22.000 kilómetros cuadrados que conforman el partido de Bragado se introdujeron profundamente en el espíritu misionero de José Dardi. Recorrió todas las calles de la población, y

cuando pudo se adentró más allá de las chacras y quintas, a buscar las almas de los sectores rurales. Todos en el pueblo supieron del nuevo cura, de su pasado asombroso y de sus ímpetus apostólicos. Tal corno posteriormente lo veremos hacer en City Bell, Dardi irrumpió en los hogares pisando los respetos humanos y echando "las redes mar adentro". Según los registros parroquiales, en esos años de permanencia en Bragado se multiplicaron increíblemente los bautismos y se regularizaron matrimonios como nunca antes había sucedido.

Y, pese a los años transcurridos, son numerosos los vecinos de la población bonaerense que recuerdan cariñosamente al sacerdote italiano que vino de la guerra y se aquerenció en la campaña, brindando a todos su bonhomía ejemplar.

En 1956 el Padre Dardi abandonó la región del bagual legendario. El año anterior Monseñor Antonio José Plaza había sido nombrado Arzobispo de La Plata y estaba escrito que las vidas de ambos seguirían cruzándose en el futuro. Sin duda, cuando Dardi se fue de Bragado llevó aprehendido en su corazón el espíritu simple y sencillo de la gente del interior bonaerense. Un remanso de paz para la ajetreada vida que hasta entonces había transcurrido.

Forastero en City Bell

Cuando el padre José Dardi pisó el suelo de City Bell, casi todas las calles de la pequeña población eran de tierra. Un simple diagrama poseía la localidad: una arteria principal entre dos rutas: el camino Parque Centenario y el Camino General Belgrano, que convergían en la cabecera del partido, La Plata. Y a derecha e izquierda, calles laterales que se extendían unas pocas cuadras. Casas bajas, de tejas rojas y terrenos con jardín delantero y huerta trasera, a la vieja usanza de nuestros abuelos. La zona era elegida como residencia por aquellos que deseaban mantener un contacto más estrecho con la naturaleza.



El padre José Dardi
llegó a City Bell en 1958.

Era el nuevo destino del sacerdote italiano la Parroquia Sagrado Corazón, asistida en esos tiempos por las Hermanas de la Misericordia del Hospital de Niños de la ciudad de La Plata, lideradas por Sor María Ludovica. Precisamente las monjitas poseían en terrenos aledaños al templo una quinta cuya producción proveía de verdura al Hospital. Todos los domingos la Hermana María Ludovica se trasladaba con los niños a City Bell y elaboraba para todos el

manjar preferido de la gente menuda: raviolos caseros. Claro que de los almuerzos participaba también el padre Dardi.

Habitaban en la jurisdicción parroquial muchos quinteros y operarios que se desparramaban sobre el sector rural; gente simple de trabajo, con quien el forastero sacerdote ansiaba tomar contacto inmediatamente. Principió entonces a golpear cada puerta, portón o tranquera, presentándose a quien saliera a atenderlo. Y así comenzó a hacerse conocer el pintoresco cura que hablaba un champurreado español e invitaba a los pobladores a concurrir a misa los domingos.

Pero, a veces, el padre Dardi avanzaba también por los fondos de los terrenos privados. No era cosa fácil entrar por los fondos, pero el cura lo hacía. Y podrá parecer extraño que a alguien se le permitiera semejante impertinencia, pero a Dardi todo se le disculpaba. El cura italiano decía que para saludar a todos los vecinos no podía perder tiempo yendo por la calle. Y entonces saltaba el cerco de los prejuicios y se aparecía de visita a los pobladores por los fondos de sus casas, con gritos anunciando su presencia. ¡Vaya manera de ahorrar tiempo!

Fue lo suyo entrega y abnegación. Un día de invierno se hallaba en la sacristía conversando con algunos feligreses cuando llamaron a la puerta. Era un sujeto mal entrazado, y de lejos se notaba que llevaba encima unas copas de más. El hombre manifestó tener mucho frío, sobre todo en los pies. El padre dio la espalda y se internó en las habitaciones; apareció enseguida con un par de medias que entregó al ebrio mendicante, quien se marchó agradecido. Al rato fue la sorpresa de los fieles, cuando advirtieron que el cura estaba celebrando la misa con sus pies desnudos calzados en los viejos zapatos. ¡Había regalado sus propios calcetines!

Una noche estaba cocinando su frugal cena: unas papas y zanahorias hervidas. Un fiel colaborador le acercó una fuente con un menú cuidadosamente preparado, acompañado de una botella de buen vino. Pero nuevamente golpearon la puerta. Alguien pedía algo para comer. Y el buen hombre vio como el alimento que había llevado para el párroco pasaba a las manos del menesteroso, al que no le alcanzaban las palabras de agradecimiento.

Ese era el padre José Dardi.

El hombre del Jeep

Para movilizarse por la extendida jurisdicción parroquial tuvo primero una moto Papperino azul, de las primeras que aparecieron en el país. Y luego, un jeep con el que se hizo famoso en todo City Bell. Hombre y vehículo conformaban una sola entidad. El padre Dardi no hubiera sido él sin ese jeep con el que transitaba a cualquier hora por las arterias comarcanas, siempre dispuesto a atender un enfermo que requería su asistencia espiritual, o en la búsqueda de algún elemento que concurriera a paliar las necesidades del prójimo. ¿Que si aquella pobre mujer necesitaba un colchón para su casa? Allá iba él a buscarlo por las calles de barro o asfalto. Y con seguridad que lo conseguía, porque no había pudiente que pudiera resistir al sacerdote italiano.

Claro que no existían para él las normas de tránsito y todos los automovilistas de la región lo sabían. ¡Cuidado, viene el padre Dardi! Cuando había que frenar, el jeep del cura seguía de largo y si la señal indicaba "contramano" el de la sotana no se enteraba.

¡Es que apenas veía! Nunca pudo recuperar la visión en aquel ojo que un comunista le había golpeado en su adolescencia. Sus anteojos carecían completamente del correspondiente cristal, mientras que el otro estaba pegado al marco con cinta adhesiva; y también un trozo de cinta sostenía apenas una de las patillas. Sus feligreses le reclamaban que concurriera al oculista. "¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿Me necesita para algo?", contestaba risueñamente; y se desentendía.

Así, había en su persona una enorme confianza en Dios, en un Dios descomunalmente comprensivo que protegía paternalmente todas y cada una de las acciones del apurado sacerdote. Fue extremista en sus posturas. Un extremista de Jesucristo. Su cuerpo, sus propias necesidades no importaban, y podían esperar. Los que no podían aguardar eran los más necesitados.

...Y sus obras. Tal vez con los negros del África o en la tristeza de las familias destrozadas por la muerte de padres o hijos en la guerra asomó su especial predilección por los niños y adolescentes desamparados y sin rumbo. Había que fundar escuelas e instituciones que estuvieran al servicio de los menores, que entregaran, al par de conocimientos, el amor y el cariño que a veces no encontraban en sus hogares.

A ello se abocó el padre Dardi. Y el viejo jeep fue el receptáculo de bolsas de cal y cemento, escombros, ladrillos, madera, hierro y todo lo que le dieran, ya que todo podía ser útil en la edificación de los amores del emprendedor sacerdote. Con poco dinero, pero con gran ilusión, se levantaron la escuela "Ceferino Namuncurá" y el Jardín de Infantes "Egle Tedeschi".

Esas obras fueron también testigos de un cúmulo de testimonios que transparentan la fascinación que el italiano supo ejercer sobre quienes lo trataron. Por caso, Don Amedeo, aquel compatriota suyo de reconocida habilidad en la construcción, que residía en La Plata. Dardi lo tentó para trabajar en las escuelas, aunque lo que podía pagarle no era mucho. El hombre aceptó.

Pero resultó que el artesano constructor era también un cerrado socialista y acérrimo anticlerical. Comenzaron las discusiones, muchas a viva voz, entre el creyente y el ateo. Por momentos parecía que la cosa podía pasar a mayores porque las posiciones se defendían con vehemencia. Pero mientras ello sucedía, las aulas se iban levantando. Y había veces que el esforzado constructor sólo cobraba por sus jornales una botella de buen vino carlón que le proporcionaba el cura, a falta de dinero constante y sonante.

Y ocurrió también que Don Amedeo recibió mejores ofertas para trabajar en La Plata; significaban buena paga y proyectos cerca de su casa, que le evitarían el incómodo traslado hasta City Bell. Pues no aceptó. Sea porque tozudamente quería transferir a Dardi las ideas socialistas, o más bien porque su buen corazón se había encariñado con el "tano" sacerdote, lo cierto es que prosiguió las obras, prosiguieron las discusiones y prosiguió recorriendo en bicicleta todos los días, los 11 kilómetros que lo separaban de su tarea. Con razón dicen los lugareños que esas escuelas fueron construidas por las manos de Dios, de un cura y un socialista.

Al momento de la inauguración del colegio "Ceferino Namuncurá" sólo se contaba con un salón, dos grandes mesas, sillas y tres bañitos. La dirección funcionaría en la Sacristía, compartiendo, en principio, su escritorio. Le hicieron notar las carencias: - ¡Ya voy a conseguir! -decía... y consiguió que le donaran bancos, armarios viejos, algún pequeño pizarrón, etc. Las maestras, nobles colaboradoras, no cobraron sueldo durante largo tiempo y pusieron lo mejor de sí al servicio de la novel escuela. Estos gestos solidarios obtenía el cura italiano de quienes lo trataban.

Claro que hubo momentos de angustia y desazón y ellas protestaban y se quejaban. Dardi a todo restaba importancia. Lo que para cualquiera podía ser sacrificio, a él le resultaba indiferente. Y así, como si fuera lo más normal, mandó a las docentes a golpear casa por casa durante los primeros días, para hacer la inscripción al establecimiento.

Así fue como el primer día del ciclo lectivo del año 1962 sonó la campana de la iglesia anunciando que el padre Dardi abría las puertas de su soñada escuela. A metros del campanario flameaba la bandera. Y con su sotana también al viento, caminaba el cura de un lado a otro con sus brazos extendidos recibiendo a chicos y a padres, bromeando y contando sus permanentes ocurrencias, a todos por igual; en fin, desparramando por ese patio polvoriento su felicidad.

Lo acompañaban solamente las cuatro docentes que se iniciaron en el colegio, los niños, algunos padres y vecinos. No hubo autoridades, palcos, ni discursos. Solamente amor, sencillez y humildad: todo hecho a la imagen del fundador.

Una vez unos alumnos de la escuela, jugando a periodistas, le preguntaron por qué a un italiano se le había ocurrido instituir con el nombre del “Lirio de las Pampas” a un establecimiento educativo. Se limitó a contestar:

-Porque Ceferino es del pueblo. Ponerle un nombre extranjero no tenía sentido. Todos podemos imitar a Ceferino. Ustedes también. Yo quiero buenos ciudadanos como él. Lean la vida de Ceferino, imítenla en obediencia, sumisión y dulzura. Ceferino era de carácter fuerte, pero nunca contestaba de mal modo; todo lo hacía dulcemente.

Anécdotas y testimonios

Los siguientes son algunos episodios de la vida del padre Dardi relatados por quienes fueron sus feligreses y colaboradores en la Parroquia y en los colegios que el fundara.

Amor a los animales

Cual epígono de San Francisco, el padre Dardi tenía un entrañable afecto por los animales. Con frecuencia solía concurrir al patio del colegio Ceferino Namuncurá donde, con la boca, emitía sonidos que imitaban un "pío-pío" para llamar a los pajaritos. A su vez, arrojaba migas de pan en el suelo, para tentar el apetito de las avecillas. Entonces aquellas bajaban a servirse del alimento y lo rodeaban entre un bullicio de aleteos.

Quienes observaban la escena aseguran que constituía un cuadro mágico y sublime.

Otras manifestaciones de cariño acaecían con los perros del vecindario. Sucedió que durante las misas de los domingos el templo se llenaba de gente... y de perros. Porque el cura no permitía que se echara afuera a los canes, dejándolos quedarse hasta el final de cada ceremonia. Entre ellos estaba "Manolo", un ovejero alemán tan bueno como grandote y torpe, que concurría todos los domingos con sus dueños. Decía Dardi que era *"el más fiel de los parroquianos ya que nunca faltaba a misa"*. Y el perrazo, que imitaba ciertas actitudes de los humanos, hasta se presentaba en la fila de la comunión.



El padre José Dardi en su expresión más habitual

La casa de todos

Como un padre al que le gusta tener cerca a sus hijos, al Padre Dardi le encantaba abrir la iglesia a sus feligreses. "Junto con otros chicos y mis hermanos cantábamos y tocábamos la guitarra en esas misas dominicales -cuenta una señora que, cuando pequeña, formaba parte del coro parroquial-. El Padre nos hacía sentir que la parroquia era nuestra casa. Nos dejaba cantar libremente. Nunca nos llamó la atención por nada -y supongo que habría tenido motivos porque éramos muy chicos todos- y nos agradecía siempre. Tal vez por eso

seguimos yendo a cantar hasta casi terminado nuestro secundario" .

Sin distinción de status

"Otra imagen que tengo del Padre es de cuando aparecía en mi casa los sábados a la mañana para pedirles a mis hermanos varones que fueran a tocar el armonio a algún casamiento -señala la misma señora- o porque Dardi tenía una preocupación muy especial por los novios. Casaba a mucha gente humilde y se ocupaba de que tuvieran una ceremonia importante. Debía estar linda la iglesia - y siempre lo estuvo- y, por supuesto, no faltar la música. Recuerdo que al finalizar los casamientos alcanzaba en su jeep a mis hermanos hasta el lugar donde tuviéramos fiesta ese sábado a la noche. Y cada tanto se presentaba en casa con una bolsa enorme de facturas -que algún panadero le regalaría- que no podíamos negarle porque era el signo de su gratitud y para nosotros una conmovedora lección de humildad" .

Sensibilidad

"Cuando nació mi último hijo, fue a conocerlo y se arrodilló ante la cuna, lo cual me confundió. Entonces él me dijo:

-“ *Me postro ante la inocencia y la pureza*”. Fue para mi otra prueba de su humildad.

El mejor vino

Fueron varios los albañiles y operarios de la zona que trabajaron aunque sea una vez, en la construcción de los colegios, a través de los años que demandó la misma.

Entre ellos hubo uno con fuerte adicción al vino que, cuando podía, hacía una "impasse" en las horas de trabajo y se disparaba a tomar una copita en un bar de las cercanías.

Conocedor Dardi de la debilidad del obrero, solía invitado cada tanto a beber en la cocina. Entonces tomaba una botella de leche y le servía en un vaso, obligándolo a beber.

- *Este es el vino que tomo yo* -le decía.

Cacerolazo

Durante mucho tiempo la calle Intendente Silva -vía directa hacia la parroquia Sagrado Corazón- estuvo notoriamente deteriorada y alejada de las manos de las autoridades, que no hacían caso de los reclamos comunitarios. Cuando llovía la arteria se volvía intransitable por los pozos y el barro. Sucedió entonces que cuando había casamientos, muchas novias no podían llegar en auto hasta la puerta del templo porque se lo impedían las malas condiciones de la calzada.

Ocurrió que un día el jeep que todos conocían apareció virtualmente enterrado en uno de aquellos profundos baches, rodeado de un montón de chicos que golpeaban cacerolas y reclamaban a gritos que se arreglase la calle. Todo ello, delante de los fotógrafos de los diarios que habían sido convocados previamente a registrar la protesta pública. Para todos resultó una particular diversión, pero que finalmente sirvió para que las autoridades pertinentes hicieran las reparaciones necesarias a fin de que las novias pudieran pasar sin trastornos los días de lluvia ...

Sin calzado

"En una época tenía unos zapatos muy gastados, me acercaron un par nuevo para que se los entregara al párroco; la persona que los había comprado me preguntaba periódicamente si le habían quedado bien al Padre, y yo no sabía qué responderle, pues nunca se los había visto puestos.

Finalmente me admitió que se los había dado a otro que los necesitaba más que él".

Enojo

Un día se lo vio realmente molesto dentro de la parroquia. Fue durante una ceremonia de bautismo. Algunos familiares que habían llegado a último momento se habían ubicado alejados de los primeros bancos y conversaban mientras el Padre estaba bautizando al bebé. Evidentemente irritado se alejó de la pila bautismal y avanzó por el

pasillo central gritando:

"- ¡Eh, ustedes! ¡Vayan a charlar afuera, aquí estamos celebrando un sacramento!"

Los que lo conocieron aseguran que en ese aspecto no tenía tibiezas, que sentía hondamente cada palabra que decía en cada misa, en cada ceremonia y vivía con intensidad su sacerdocio. Su religiosidad -afirman- era absolutamente auténtica; se percibía como un halo de santidad.

Chistoso

Conservó su humor hasta último momento.

Una señora de su amistad cuenta que pocos días antes de que entrara en la etapa final de su enfermedad fue a visitarlo en compañía de su esposo. "- Al retiramos él insistió en caminar junto a nosotros hasta el portón que daba a la vereda. Mi marido, preocupado porque él tendría que regresar andando solo, le dijo que no se molestara en acompañarnos; a lo que él respondió:

-No es un gesto de cortesía, es que me quiero asegurar de que te vayas".

Tortolitos

Una maestra cuenta la siguiente anécdota:

"Con frecuencia venía a buscarme al aula para que tomara o pasara datos a los libros de la Sacristía.

Una tarde dijo que nos necesitaba a las dos únicas maestras del turno. Le reclamamos, ¡cómo íbamos a dejar a los chicos solos! y nos respondió: *-Dejen que se diviertan un rato, ¡pobres chicos! ¡Siempre con las maestras rezongonas!*

Mientras lo acompañábamos a la Sacristía nos contó que habían aparecido "dos tortolitos" que se querían casar.

Esos dos tortolitos resultaron ser una pareja de viejitos. Nos condujo a los cuatro al altar y ante nuestra sorpresa ¡los casó!! Fuimos los padrinos de la boda".

Delictivo

A un vecino de City Bell que no era muy amigo de los curas ni de la religión, le recriminaba, cuando lo encontraba en la calle:

- *¿Qué hacés, delincuente? A ver cuando vas por la parroquia...*

Poco después de morir Dardi, el hombre reflexionaba:

- ...Yo no iba a misa porque no soy creyente. Pero todos esos domingos, durante 25 años, me sentía verdaderamente un "delincuente" porque no iba a la Iglesia... Bueno, yo iba para las misas de Navidad y él se ponía contento cuando me veía..."

Simpatía

"En una oportunidad estando en un negocio de ropa, llegó el Padre Dardi con toda su simpatía -siempre tenía una palabra para cada persona- buscando una boina como la que él usaba. La dueña le dio a probar varias y luego le obsequió la elegida por él.

Así lo recibían en todas partes. Tenía un don especial para llegar a la sensibilidad de las personas". (Un vecino)

El casamiento

Otro vecino cuenta: "Cuando me casé yo estaba parado en el altar, al lado del Padre Dardi. Mi entonces novia tardaba en entrar, como suele ocurrir con todas las novias. Yo estaba nervioso, como agarrotado. Por ahí siento que el Padre Dardi, sin mover mucho la boca, me dice: - *Mirá que linda puerta tenés ahí* -.

Yo lo miré sin entender mucho y me volvió a decir: - *Mirá qué linda puertita esa* - y con los ojos me indicó la puerta de la sacristía.

Yo seguía sin entender. Y me dijo: - *Aprovechá que todavía estás a tiempo. Escapate ahora*. Empecé a entender y le dije que no, que me quería quedar.

- *Bueno* - me dijo por último -, *acordate siempre de que te di la oportunidad de no casarte y que la desperdiciaste. Si dentro de un tiempo me venís con que te querés divorciar te pego con un palo en la cabeza*".

Robos

El entonces Arzobispo de La Plata, Monseñor Antonio Plaza contaba de cuando Dardi iba a "robar" materiales viejos a la Curia, para usarlos en la Escuela que construía.

Contó que una vez lo vieron llegar con el jeep y "robarse" un ascensor viejo que estaba en el patio. Adivinaron su intención y lo espionaron desde las ventanas. Todos reían y todos le disculpaban su afán.

Comida

Una vez fueron unos vecinos a visitarlo a la Sacristía. No lo encontraron y lo buscaron por otras dependencias. Estaba en su cuarto, que en ese momento hacía las veces de cocina. Asombrados, vieron que se hallaba preparando un huevo frito en una latita de betún que calentaba con una vela (!).

Y, como disculpándose por su magra alimentación, les dijo sonriendo que no tenía otra cosa para comer porque se había enfermado *"una persona que a veces me trae unos pollos..."*

Automóvil

Una señora cuenta que cuando conoció al cura, éste le dijo algo que le causó una honda impresión toda su vida.

Dardi se le acercó y le recomendó que cuando visitara a un pobre dejara su auto a cinco cuadras de distancia, es decir, lejos del lugar donde concurría. Ella se movilizaba habitualmente con un Ford Falcon, automóvil de prestigio por aquellos tiempos, y nunca dejó de practicar lo que le había aconsejado el Padre Dardi.

Pasando el invierno

Un crudo día invernal llegó Dardi a casa de unos amigos. Al saludar, sus moradores notaron que el cura tenía las manos heladas,

debido al intenso frío imperante y, ni lerdos ni perezosos, le regalaron un par de guantes que el sacerdote se puso enseguida, agradeciendo el gesto.

Pasaron unos días y otra vez fue Dardi a visitarlos. Notaron éstos que no llevaba los guantes consigo, por lo que le interrogaron acerca de ellos. El cura respondió que se había encontrado con una persona que tenía más frío que él, razón por la cual no había dudado en regalárselos.

Otro tanto ocurrió con una estufa que le habían dado para pasar tibiamente el invierno. Nuevamente encontró Dardi a alguien que tenía más frío que él y le entregó el aparato.

Un grupo de señoras había tejido con esfuerzo una larga bufanda, guantes, unas medias y una gorra para el Padre. Un día de mucho frío se lo van a entregar. El invierno -le dicen- es crudo y largo...

Acierta a pasar en ese momento por la calle un polvoriento ciruja arrastrando un carro lleno de cartones y vidrios. Inmediatamente, Dardi lo llama a viva voz:

-¡Bajate! Tú sí que debes tener frío- y sin más, le da todos los abrigos que había recibido.

- Siempre se encuentra a alguien que pasa más necesidades que uno - murmuraba al volver con las señoras.

¡Así actuaba el Padre José Dardi!

En penitencia

En cierta ocasión se ultimaban los preparativos para una kermesse, a fin de recaudar fondos para pagar deudas contraídas por las obras que se estaban llevando a cabo.

La jornada se había puesto fea, con el cielo encapotado que presagiaba una tormenta y todos los organizadores miraban hacia arriba con preocupación, ya que, de fracasar la fiesta, no se podrían afrontar los gastos adeudados.

Apurado, el Padre Dardi va en busca de una escalera, la instala bajo el cuadro de Ceferino Namuncurá, trepa por ella, toma el retrato y lo coloca cabeza abajo, "en penitencia hasta que salga el sol, porque se necesita para el éxito de la kermesse".

Cuál no sería la sorpresa de todos cuando, con alegría, vieron

brillar el sol y componer se el día hasta transformarse en una espléndida jornada.

Al rato, Dardi sacó de su "penitencia" a Ceferino, dándole las gracias por el milagro realizado.

Trabajo

Cuentan unos quinteros de la zona que, hallándose trabajando la tierra, se aparecía el Padre Dardi en su jeep.

- *¡Hola, hola! ¿Qué hacen estos trabajadores? Ustedes trabajan mucho.*

Ellos, a su vez, le replicaban que él también era muy laborioso.

- *Yo no puedo ir al cielo con las manos vacías. Hay que hacer obras y obras...*

Contener a los chicos

"El Padre Dardi quería que miráramos al niño tal como es y sin considerar de dónde viene. Teníamos que aceptado fuera del credo que fuere. A los niños primero había que albergarlos, educarlos y recién después enseñarles la religión.

Al Colegio Ceferino venían chicos de la Casa del Niño de Gonnet, abandonados, y había que darles alojamiento a todos.

El era estricto con los docentes: con el mejor humor y con mucho amor nos corregía. Si nos descuidábamos 5 minutos se enojaba porque habíamos perdido 5 minutos con los niños.

Confiaba en los docentes. Imponía respeto y nadie se animaba a engañado. Fuimos queriendo la escuela por él". (Una maestra)

Los quería sencillos

"La escuela comenzó con un aula, una pérgola y salón atrás de la casita parroquial. No se podía entrar los días de lluvia. Las mamás hacían de porteras.

El Padre se encariñaba con los docentes y no quería que se fueran de la escuela.

Buscaba la unidad de todos los que trabajábamos en el establecimiento. Y nos quería sencillos y humildes". (Una maestra)

Día de la Madre

Una colaboradora de la Parroquia relata una homilía del Padre Dardi que la impresionó vivamente:

- "Una de las últimas misas que ofició coincidió con la del tercer domingo de octubre, Día de la Madre, en que realizó una reflexión muy profunda sobre la figura materna que nos emocionó a todos. Pero más nos asombró cuando luego pidió permiso para hablar de su propia madre, ya que él mencionaba muy poco a su familia. Dijo muy pocas palabras, pero muy sentidas. Se expresó así:

"-Mi mamá. ¿Qué le dí yo a mi mamá? Sólo disgustos. Cuando más me necesitó no me tuvo. Temprano, muy joven, me fui al Seminario. Luego viajé al África... Solamente le di disgustos a mi mamá".

Fue todo lo que dijo y no habló más de su madre, pero a nosotros nos dejó impresionados por la humildad que, nuevamente, nos manifestó".

Enfermedad

Una noche de Navidad, luego de la ceremonia, reunió a todos los que habían colaborado y les convidó con una copita de vino de misa. Una maestra del colegio Ceferino Namuncurá estaba con el novio, que no conocía al sacerdote, y ambos vieron propicia la oportunidad para pedirle a Dardi que bendijera las alianzas que habían llevado. Se acercaron con esa intención:

-Padre, le presento a mi novio...

-No hace falta que me digas que es tu novio. Tiene mirada de chico enfermo.

Oprimido

En una ocasión dijo: *"Yo me hice cura para no depender de ninguna mujer y tengo 14 maestras que me mandan"*.

¿Sanaciones?

Abundan en City Bell personas que atribuyen al Padre Dardi ciertos poderes de sanación de enfermedades. Por cierto, no se han podido hallar expresiones del propio sacerdote al respecto, ni fueron analizados científicamente los casos, por lo cual sólo nos limitaremos a transcribir los testimonios de los involucrados.

Un caso menciona a una mujer que, atacada por una dolencia gravísima, estuvo en coma durante un mes. Uno de los miembros de su desesperada familia fue a verlo al Padre Dardi y le requirió que le administrase la unción de los enfermos.

Así lo hizo el sacerdote y la enferma comenzó a reaccionar ante el asombro de los médicos que la atendían. En poco tiempo se recuperó y curó definitivamente y así se encuentra hasta el día de hoy, en que ya han transcurrido más de 16 años.

A una viuda tenían que operar de un cáncer de pulmón. Sus allegados pidieron al Padre por ella, ya que la mujer había sufrido mucho desde muy joven, al morir su esposo y tener que enfrentar ella sola la crianza de sus cinco hijitos.

Dardi rezó por la señora quien finalmente fue operada, extrayéndosele las tres cuartas partes del pulmón tomado. Pues se recuperó y hoy goza de muy buena salud, trabajando y realizando normalmente sus actividades.

Se cuenta también de una señora que se confesaba habitualmente con el Padre Dardi a quien tenía mucha confianza. En cierta ocasión fue atacada de un cólico renal que le producía un fuerte y profundo dolor. Su hijo insistió en llevarla al médico, pero la mujer

se negó sistemáticamente. Sólo pidió ver al cura.

El Padre llegó, se informó sobre su dolencia y se limitó a ponerle una mano en la espalda. La señora afirma que el dolor desapareció por completo hasta el día de hoy. Agradecida, no trepida en afirmar: - El Padre me curó.

En otro caso, una antigua feligresa y colaboradora estrecha de Dardi asegura que su hermana, residente en Teherán, vino a la Argentina para contraer matrimonio con un joven negro. Pese a todas las vacunas que se hizo aplicar, la mujer contrajo un virus de la gama del cólera que le pronosticaron resultaba mortal. Ocho profesionales médicos que fueron consultados por la familia habían diagnosticado su muerte, así que las esperanzas humanas prácticamente se habían agotado.

La mujer entró en coma, habiéndose poblado de edemas todo su cuerpo y dejando de funcionar uno de sus riñones. En esas circunstancias los familiares pidieron al Padre Dardi que rezara por la salud de la enferma. Esto ocurría durante Semana Santa.

El Jueves Santo toda la familia esperaba el fatal desenlace, ya que nadie ni nada se podía hacer. Todo era llanto y tristeza.

El Viernes Santo una lucecita de esperanza se hace notar: comienza a funcionar el riñón paralizado.

El Sábado Santo la enferma reacciona. Pide a su hermana que le acerque un sacerdote para confesarse, lo que se hace de inmediato.

El Domingo de Pascua, para asombro de todos los familiares, la enferma se halla ya recuperada y de buen semblante. El peligro de muerte queda atrás.

De esto han pasado ya veinte años, y la mujer increíblemente sanada vive aún, con una hermosa familia, en el exterior.

La misma familia testimoniaría otro episodio, acaecido años más tarde.

Hacía ya tiempo que José Dardi había fallecido cuando el matrimonio viajó a La Plata, proveniente del África, desesperados los padres porque uno de sus hijos estaba gravemente enfermo de un mal desconocido hasta el momento. Luego de dejar al pequeño internado en el Hospital de Niños de La Plata, su atribulada madre se trasladó

hasta City Bell, donde visitó la casa donde había muerto el Padre Dardi. Con el corazón henchido de fe y las lágrimas surcando su rostro, invocó el nombre del desaparecido sacerdote.

Suplicó que él, que había cuidado de tantos africanitos durante su misión en África, hiciera algo por este niño negro que se estaba muriendo. Luego de rezarle con unción y depositar su confianza en el Altísimo, la mujer y su esposo resolvieron retirar al pequeño del Hospital y, así como estaba, volver todos al Continente Negro.

Y ocurrió simplemente que el niño fue mejorando rápidamente, hasta superar en forma total la enfermedad que lo aquejaba. Hoy, el pequeño tiene 9 años y, según noticias que enviaron sus padres, es el mejor alumno de su curso, destacándose por su avanzada inteligencia.

Obras son amores

La jornada del Padre Dardi se iniciaba muy temprano, a las 4 de la mañana, con el rezo del Santo Rosario. Luego oficiaba la Misa ya las 8 estaba en la puerta de los colegios, recibiendo a los docentes y directivos. Era riguroso con los horarios y el cumplimiento de los objetivos propuestos: pero también sumamente comprensivo.

Su gran amor fueron los niños. Cuentan las maestras que era increíble el espectáculo que se ofrecía cuando el Padre aparecía en alguno de los establecimientos. Y muchas veces de mal talante, para reprender a alguien o reclamar responsabilidades porque algo no se había hecho en la forma correcta. Irrumpía con su voz estentórea, en un mal castellano que los nervios convertían en peor italiano. A veces, con su bastón revoloteando por el aire. ¡Vino el Padre, vino el Padre! Para verlo, los pequeños se abalanzaban sobre las ventanas y los que podían se arracimaban en torno a su persona. Era su sola figura la que concitaba las atenciones infantiles; extraño carisma que ejercía sobre la gente menuda. Y las maestras sufrían, porque resultaba imposible controlar la clase en medio de ese desbarajuste de gritos, guardapolvos y corridas.

La gran consigna que inculcaba a su gente era crecer, siempre crecer. Crecer en lo humano y espiritual, y crecer en lo institucional, para servir a la comunidad. Al Jardín de Infantes y la escuela primaria siguieron los cursos de apicultura, tejido, peluquería, corte y confección... oficios varios cuyo aprendizaje debía ser laboralmente apto para aquellos que no habían podido estudiar. Y también la Casa del Adolescente, y la rama secundaria ... y más... y más. Siempre lleno de amor, ansioso por ayudar al prójimo.

Últimos años

En ese afán lo encontró la muerte un domingo de agosto de 1981. Algo se quebró ese día en el tañido de las campanas del templo bajo el cielo abierto de City Bell. Todo el pueblo, sin distinciones de ninguna índole, se hizo presente en la última despedida. Lo lloraron cristianos y no cristianos, chicos y grandes. Y hasta dicen que un tam-tam celestial llevó a los confines del África el aviso que había muerto un gran amante de los negros.

Así fue el Padre José Dardi. Para enaltecerlo - a él, que siempre fue humilde-, la comuna local dio su nombre a una plaza barrial y a la calle Intendente Silvia (21), en el tramo frente a la Parroquia Sagrado Corazón. Y su comunidad, que mucho lo quiso, realiza permanentemente una sostenida evocación de su persona. Porque fue pequeño su pueblo lo quiere grande. “Porque se negó hasta la insignificancia fue - creemos- una manifestación humana de la presencia divina en esta tierra.”

Testimonio del Padre Lario

Nacido en Tucumán, el padre salesiano Manuel Tomás Lario desarrolló tareas apostólicas durante buena parte de su vida en La Plata, adonde con frecuencia lo llevaron sus actividades. Nos recibió en oportunidad de desempeñarse como Vicario Parroquial en la Basílica del Sagrado Corazón, en la ciudad de las diagonales.

Lo primero que nos dijo al entrar a su despacho, manifestó su bonhomía y su cariño por el sacerdote italiano: "Realmente estoy muy contento, muy contento, muy contento de haberlo conocido a Dardi".

- *¿En qué época tomó contacto con el Padre Dardi?*

- Fue hace muchos años. Yo iba a rezar misa los domingos. Oficiaba una misa y confesaba en otra. En esa época dirigía yo a los prenovicios salesianos. Entonces me llevaba alguno de ellos a City Bell para que ayudaran. Primero confesaba en la misa de rezaba Dardi, que era la primera de la mañana del domingo. Luego yo oficiaba la de las 11 horas mientras el padre Dardi se introducía en el confesionario. Un aspecto interesante que vale la pena remarcar es la escrupulosidad que tenía para prepararse la homilía de la misa. Siempre cuando yo concurría me encontraba con que tenía encima de su escritorio los apuntes sobre la homilía correspondiente al evangelio del día. Y todos los años renovaba la meditación. No se repetía en la misma. Esos apuntes eran escritos a veces en castellano y otras en italiano.

No obstante, con Dardi siempre había algún imprevisto. Una vez me ocurrió un episodio gracioso, entre los muchos que pude presenciar.

Era el día de la Santísima Trinidad y yo me encontraba en el confesionario mientras él rezaba la misa. Al cabo terminé mi tarea, ya que en esa oportunidad había muy pocos penitentes y me senté a escucharlo a Dardi en el último banco. Sucedió entonces que el italiano venía explicando este misterio de la Santísima Trinidad y comenzó a confundirse. Llegó un punto en que se empanató en su homilía, sin poder seguir adelante porque se había embarullado en el hilo de su exposición. Pues bien, ahí nomás cortó el sermón y me gritó desde el púlpito y, obviamente, delante de todos los fieles: "- Ma, vení vos, Lario, y seguila que yo sono hecho uno lío que ya no entiendo nada" .

Fue un momento muy gracioso que despertó sonrisas entre todos.

Pero con una característica: lo que en otros hubiera significado una falta de respeto y consideración, a él se le disculpaba. Tanto era el cariño que le tenía la gente.

- *En City Bell aquellos sus feligreses que lo conocieron o quienes de alguna manera lo trataron, piensan que - más allá de su fama legendaria - el padre Dardi fue - es - un santo...*

- Yo también lo creo.

- *¿Usted lo considera así?*

- Si, sin duda. Era una figura interesantísima. Por ejemplo, cuando colaboré con él yo era relativamente joven, mientras que el padre era una persona ya de edad. Sin embargo, él no tenía ningún problema, ningún tipo de pudor en venir a confesarse conmigo. Muchos tienen esa especie de prurito.

- *Cuando se profundiza en la vida del Padre Dardi lo que emerge inmediatamente es su simpatía, su bonhomía y sus flancos pintorescos... pero ¿cómo era él espiritualmente, cómo era su espiritualidad más íntima y honda? ¿Usted llegó a percibirla?*

- Es notable, porque él todo lo que hacía lo atribuía realmente a Dios. El se consideraba humildemente un instrumento en manos de la Providencia, que nada valía. Se veía a sí mismo como un gringo tosco que arruinaba la obra de Dios. Al punto que cuando uno le manifestaba el cariño que le tenían todos, él se impacientaba y ponía nervioso, ya que no le gustaba escuchar lisonjas. "Ma, ma, ma, dejate de macanear" .

Insisto en que a mí me llamaba la atención su preparación para la Misa. Es que en un hombre de tanta acción resultaba increíble su concentración en lo espiritual. El activismo es una enfermedad que fácilmente se contagia en los sacerdotes. En su caso, se unían la vida activa y la vida de oración. Tenía sus momentos de oración muy profundos. Yo muchas veces llegaba a la parroquia y lo encontraba rezando. Y cuando se abría el templo para el ingreso de los fieles a la misa, él ya había realizado todos los preparativos para la celebración, lo que incluía sus apuntes para la homilía, como ya dije.

El se levantaba muy temprano, rezaba y preparaba el sermón para la misa; todo meticulosamente antes de abrir la puerta de la parroquia. Y luego en su trato con la gente, todo se manifestaba en él como un papá. El era eso, un padre en todo sentido. Cómo trataba a la gente, la inquietud por el colegio Ceferino Namuncurá. Decía "Me gusta Ceferino porque era un indiecito. Ma, acá también somos todos

indiecitos". Su inquietud siempre fue trabajar con la gente pobre, y para eso él había venido de Italia.

- *Fue también una proyección de su vocación misionera, creo yo.*

- Si, sin duda. Y una inquietud extraordinaria la tenía también por los jóvenes. Cuando podía los convocaba, se reunía con ellos, les hablaba y buscaba entre ellos vocaciones sacerdotales.

Testimonio de Monseñor Garlatti

Guillermo José Garlatti es una figura conocida en la Arquidiócesis de La Plata, particularmente implicado en la formación de los futuros sacerdotes. Nació en Forgasia, Italia, el Día de la Raza de 1940 y fue ordenado sacerdote en 1964. Treinta años más tarde se lo eligió obispo titular de Acque Regie y Auxiliar de La Plata. Posteriormente, se desempeñó como obispo en distintas diócesis del país. Creímos importante su testimonio por cuanto conoció personalmente al Padre Dardi y, al igual que otros sacerdotes de su generación, quedó vivamente impresionado por la personalidad del apóstol italiano. Nos recibió en su despacho en la Curia platense.

- Yo creo que era un sacerdote sumamente virtuoso. Siempre lo he considerado un hombre excepcional y para mí ha sido siempre un modelo en cuanto a la vida sacerdotal.

- *¿Cuándo tomó contacto con él?*

- Yo lo conocí al Padre Dardi estando todavía en el Seminario Menor, en mi último año de seminarista, allá por el año 1957. Monseñor Plaza le había pedido que nos enseñara italiano en virtud de que él era de Italia, recién llegado al país. Desde City Bell, donde vivía, se venía entonces todas las semanas a enseñarnos, en su motito Papperino y con su gorra de vasco, lo que resultaba muy pintoresco.

- *Pero el italiano como materia no formaba parte del programa institucional del Seminario, ¿verdad?*

- No, claro que no. Pero en aquella época había todavía muchos italianos inmigrantes que llegaban al país en la posguerra. Todavía no se había cortado totalmente ese flujo de inmigración a la Argentina que duraría hasta fines de la década del sesenta, pues entonces, el aprendizaje del idioma podía resultar importante, a los fines de una adecuación a la cultura y la idiosincrasia de aquella gente, para una mejor comunicación e inserción con ella, a los fines pastorales propios de nuestra tarea. Y el padre Dardi era quien nos enseñaba el italiano. Bueno, todo con sus más y con sus menos, ya que no se si aprendimos mucho del idioma; pero a nosotros como seminaristas nos impactó mucho la presencia de un hombre con una trayectoria tan vasta como la del Padre Dardi. Su experiencia sacerdotal en Europa, en la guerra, como misionero en África, etc. Y también veíamos en él a un hombre

con muchas ganas de hacer, de trabajar...

- Es uno de los aspectos realmente sorprendentes del Padre Dardi, porque cuando viene a La Plata tenía ya cincuenta y seis años. Es una edad en la que se comienza a dejar de proyectar o hacer cosas, a pensar más en un retiro. Y este destino en nuestra diócesis fue para él como un comenzar, de nuevo, con nuevos ímpetus y ganas de realizaciones, como lo fueron los colegios y todo lo que llevó a cabo en City Bell.

- Sí, efectivamente, era realmente admirable ese empuje que tenía Dardi, con unas ganas de trabajar inmensas. Esa era una virtud que yo, con mis diecisiete años, no podía dejar de apreciar.

Yo no colaboré en forma permanente con él, pero sí estuve en numerosas ocasiones en la parroquia Sagrado Corazón de Jesús, cuando me convocaba para ayudarlo en determinadas oportunidades. Otras veces alquilaba un colectivo y lo enviaba al Seminario para llevarnos a su parroquia. Aquello era un descampado, ya que lo rodeaban muy pocas casas.

- Otro aspecto que interesa destacar es su espiritualidad. ¿Usted cómo percibió su vida espiritual?

Yo creo que era de una gran riqueza espiritual. Su humanidad se trasuntaba e irradiaba hacia los demás. Era un hombre de una gran fe, de una profunda vida interior, un hombre de oración, que, a su vez, estaba siempre deseoso de llevar la palabra de Jesús a su gente, su testimonio y sus enseñanzas, así como difundir la doctrina de la Iglesia al prójimo.

Y, a su vez, Dardi era un hombre de una gran humanidad, simple y sencillo, que se adaptaba sin problemas a todos, a toda la gente. Cuando alguien se acercaba a él, enseguida vislumbraba a un ser humano excepcional, que no establecía barreras, que siempre estaba abierto y en una actitud franca, sin dobleces. Era un hombre de pueblo, que se comunicaba sin problemas con la gente de pueblo. Tengamos en cuenta que su jurisdicción estaba integrada por trabajadores rurales, gente de las quintas y chacras de los alrededores, gente sencilla con la que él se comunicaba perfectamente, sin chabacanería, sin ser populachero, pero muy metido en la vida de los habitantes de esa región. Yo creo que hemos tenido con nosotros, aquí en la tierra, a un hombre de Iglesia, notablemente virtuoso, al que tenemos que valorar y apreciar.

Bibliografía

- **Apuntes para la Historia política de África**, T. Ruiz de Cuevas, Madrid 1977.
- **África, cristianos que sufren**, (Burundi, Chad, Etiopía, Sudán), Dossier "Palabra" N° 246. Madrid, 1986.
- **Historia de Italia**, P. Orsi. Barcelona, 1960.
- **Crónica del Siglo XX**.
- **Comboni, Daniele**. Domenico Agasso. Bologna.
- **¡África o muerte!**, P. C. Tescaroli. Madrid, 1966.
- **La Iglesia en la hora de África**, G. Mosmans, Barcelona.
- **Gran Enciclopedia Rialp**.
- **Historia de la Arquidiócesis de La Plata**, Manuel J. Sánchez Márquez. 1976.
- Artículos periodísticos. Diario El Día de La Plata y locales de City Bell: Comienzos, Comarca, Rotary Club -homenaje 1996 - y Hechos y Personajes.
- Reportajes al P. Tomás Manuel Lario, Vicario Parroquial de la Basílica del Sagrado Corazón de La Plata y a Mons. Guillermo José Garlatti, ex Obispo Auxiliar de La Plata y luego titular de diversas diócesis de nuestro país.

- Más de cincuenta testimonios recogidos entre los fieles de la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, de City Bell, por convocatoria del Párroco, Padre Alejandro Blanco.